

mismo que contra la perversidad: hasta tal punto lo rechaza la razon pública, y la conciencia social los condena. Hágase lo que se quiera, suceda lo que se quiera, habrá siempre alguno que permanecerá cristiano y que lo irá siendo cada vez mas: este alguno es todo el mundo. Los impíos y los malvados honran el freno que cubren de espuma, y aun cuando su número fuese mas considerable y mas encarnizado su furor, no les seria permitido jamas prevalecer contra el cristianismo, y esto por una razon mui sencilla; porque no pueden combatirlo sino por medio de sus dones."

"Por cierto es este un fenómeno mui raro y una hermosa prueba de la divinidad de un principio, que despues de haber conducido el mundo hasta un punto tan elevado de civilizacion, á través de los elementos mas contrarios, lo contiene en él, en contra de la inmortalidad privada que esta misma civilizacion engendra, y continúa haciéndolo avanzar en ella, á través de todos los excesos particulares de una sociedad que vivifica á despecho de sus miembros."

"El cristianismo triunfó de la corrompida civilizacion del paganismo: purgó de ella al mundo, y este fué un bellissimo preludio. En seguida tuvo que emprender otro trabajo enteramente distinto del primero, pero no ménos grande y bello: tuvo que triunfar de la barbarie que vino á interponerse á su accion regeneradora. Despues de haber separado los hombres civilizados de sus preocupaciones, tuvo que civilizar á los salvajes. Despues de haber corregido tuvo que enseñar. Por distinta que fuese de la primera esta segunda empresa, la llevó á cabo con igual resultado, sin cambiar de principios ni de medios, sin dejar de ser siempre el mismo. Hasta llegó; cosa admirable! á trabajar por mucho tiempo y á la vez en estas dos grandes empresas; y mientras que con una mano santificaba las costumbres pútridas de Roma y de Corinto, amansaba y civilizaba con la otra los feroces hábitos de las hordas vomitadas por el Norte. De este segundo alumbramiento salió el mundo moderno con todo el desarrollo de sus facultades morales, intelectuales é industriales. Pero faltábale al cristianismo pasar por otra prueba y alcanzar otro triunfo: salvar al mundo del abuso de los bienes de que lo habia colmado; conservar estos bienes y aumentarlos á despecho de este abuso; hacerlo pasar por encima del fatal escollo, contra el cual toda humana sociedad se ha estrellado, á saber: la corrupcion de sus propias riquezas, la decadencia de sus propias grandezas, la muerte despues de la vida. Escollo mas temible que los anteriores, pues está en razon de la altura de la civilizacion que lo

engendra, y el triunfo debe obrarse sin ningun apoyo de la misma naturaleza del obstáculo, y por un esfuerzo puramente interior."

"Este es, sin embargo, el grande espectáculo que tenemos á nuestra vista, sin fijarnos mucho en él, y que caracteriza nuestra época de *transicion*. La crisis heroica que hace mucho tiempo se iba preparando, se declaró decididamente en el siglo XVIII. La sociedad moderna rajó el escollo; zozobró y desapareció por algun tiempo en los abismos. Pero llevaba un piloto divino que sabe mandar á los vientos y á las olas. Ha reaparecido la civilizacion, vomitada por el abismo en que se habia perdido; y si se hace sentir todavía la agitacion, si las pasiones baten aún los flancos de la Iglesia de Jesucristo y se sublevan para apoderarse otra vez de ella, dejadlas, esto no es mas que un resto ó una repeticion ficticia de peligro. La razon cristiana, la fé católica, identificadas de hoy mas con todo cuanto hai de verdaderamente conservador, civilizador y progresivo, van tomando cada dia una situacion mas elevada; y despues de tantas pruebas de la accion de Dios y tantas prendas de la fidelidad de sus promesas, ilustrados por lo pasado, confiados en lo presente y seguros del porvenir, digamos con Pascal: "Es mui bueno verse de este modo azotados por la tempestad, en una embarcacion que se sabe no puede perecer."¹

CAPITULO XIV.

DE LA UNIVERSALIDAD DE LA GRACIA.

Lo que acaba de leerse, prueba ya bastante que la gracia ejerce una accion universal sobre los hombres, pues influye, no solo en el individuo, sino tambien en la sociedad; pero ella tiene una institucion en la tierra, institucion en que están vinculadas y con que están garantidas la extension universal y perpetuidad de la gracia: una institucion en que ella se manifiesta con señales exteriores, aunque sin dejar de ser interior en su accion, pues que obra directa y especialmente sobre el alma. ¿Cuál es esta institucion? La Iglesia, como distribuidora de la palabra, como custodia del culto y ministradora de los sacramentos. Aunque la asistencia divina de la Iglesia, la fuerza interior de sus dogmas y la accion invi-

¹ El mismo autor en la obra y lugar citados.

sible de la gracia por medio de los sacramentos son cosas que no fluyen directamente de una demostración filosófica, sino que pertenecen á un orden enteramente sobrenatural; bastan, sin embargo, los motivos extrínsecos de credibilidad y las consecuencias palpables de aquel agente invisible, esto es, de la gracia, para que la filosofía mas descontentadiza no se desdigne de atraer á sus grandes elucubraciones el gran cuadro del mundo moral, tal cual se presenta bajo el influjo de la palabra evangélica y del ministerio católico. Este cuadro, antiguo y nuevo al mismo tiempo, este cuadro que se dilata por todos los países de la tierra, que se manifiesta en el fondo mismo de la humanidad, que se deja palpar aun por los mismos ateos, presenta un sistema de maravillas que necesitan alguna explicación. La filosofía no puede rehusarse á investigar las causas de los hechos que se le manifiestan en un modo tan palmario, ni tampoco á aceptar una explicación clara, natural, sistemada, y sobre todo, única que puede satisfacer á la razón. En esto nos fundamos para discurrir sobre los medios extrínsecos y permanentes de comunicación que tiene la gracia ordenados en la tierra.

Veamos pues cómo aquella se va generando, digámoslo así, en el mismo sentido que la humanidad, cómo la sigue en sus grandes procedencias y ramificaciones, y este será el mejor medio para comprender, cuanto es dado á la razón, la universalidad de la gracia.

§. I.

La fe.

El hombre ha nacido para un fin, verdad que se comprende fácilmente; este fin debe ser la realización á que aspira con toda la fuerza de sus instintos, y con toda la intensidad de sus deseos. Mas no tocará nunca este fin, si no le conoce; y aunque le conozca tampoco logrará conseguirle, si no ve caminos abiertos que le conduzcan hácia él. El hombre pues necesita, sobre todo, conocimiento del fin, conocimiento de los medios; necesita luz, y una luz proporcionada enteramente á la naturaleza del fin, esto es, una luz que traspase con mucho los límites de la naturaleza, y no puede ser, por lo mismo, el producto de la razón humana. Por falta de ella el mundo filosófico fué presa del escepticismo y del error, el mundo religioso lo fué de la idolatría, y el mundo moral se presentó bajo las formas de la mas absoluta y completa degradación. La gracia pues debió comenzar su obra,

y la comenzó de facto, llenando este inmenso vacío, contrariando estas causas enemigas de la verdad y del bien, dejando caer sobre la tierra los rayos purísimos de la luz de los cielos, de aquella luz que no tiene la razón por sí misma, de aquella luz, en suma, que comunica la fe; porque la fe es una luz y conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios nos dice y la Iglesia nos enseña como palabra de Dios.

Mas la fe viene por el oído, dice San Pablo, y viene por la palabra de Dios. Es necesaria la palabra y el oído, es necesaria una predicación. Luego la fe se propaga por la predicación de la palabra de Dios; y esta predicación es lo mas universal que imaginarse puede. Se instituyó como un ministerio por el mismo Autor del Evangelio y de la gracia en estas palabras eternamente memorables: *Id por todo el universo, predicad el Evangelio á toda creatura: el que creyere y se bautizare, será salvo; el que no creyere, será condenado.*¹ La vocación de la fe no es particular ni local, sino general y universal: no es local, porque tiene por teatro el universo entero (*Itē in universum mundum*): no es particular, porque no se dirige á determinado pueblo, á determinada clase, á tales ó cuales gentes, sino que se extiende á todos los seres racionales habitantes del mundo, (*omni creatura*). La Iglesia no ha faltado á su grande misión: vedla extendida por toda la superficie del globo, llevando á todas partes, con la misión de su sacerdocio, la luz de la fe y la vida de la gracia.

Esta misión presupone por teatro dos diferentes pueblos, el de los que creen al Antiguo Testamento, y el de aquellos que no atienden mas que á la razón natural. A los primeros habla de una figura realizada, de una lei consumada, de un sacerdocio definitivamente instituido, de un sacrificio real y de las profecías cumplidas: al segundo habla con el criterio de los hechos y de las deducciones, con las razones evidentes de credibilidad, con la filosofía extrínseca de los dogmas: habla, y como era de esperarse, llamando á todos á la verdad que predica; de unos es seguida y de otros despreciada.

La creencia de la palabra tiene una consecuencia práctica, la filiación en la Iglesia; y esta filiación se hace por el bautismo. He aquí por qué la misión evangélica, de que acabamos de hablar, contiene dos cláusulas en su diploma, dos condiciones esenciales; conviene á saber, la creencia y el

¹ I. Marc. Cap. XVI, vv 15 et 16.

bautismo (*Qui crediderit et baptizatus fuerit*); y el cumplimiento de ellas tiene por consecuencia la eterna salud; porque la fe consecuente es la conducta cristiana, y esta conducta es la consecuencia moral del hombre con su bautismo: por esto se añaden las palabras (*salvus erit*).

Al contrario, el que cree y rehusa el bautismo, el que se bautiza y no cree, el que ni cree ni se bautiza, ó el que creyendo y bautizándose, llega á la muerte en un estado de inconsecuencia dogmática ó moral con su bautismo y su fe, este tal será irremisiblemente condenado: (*Qui non crediderit condemnabitur*).

Ved aquí la universalidad de la gracia en la fe y en el bautismo; universalidad positiva y negativa al mismo tiempo: positiva, porque á todos llama, porque á donde quiera se extiende, porque á todos se franquea, y porque salva indistintamente á todos los que, renaciendo en el bautismo, viven de la fe; negativa, porque á todos amenaza con la terrible sancion, y porque ni uno solo de los que no creen, dejará de ser condenado.

Esta universalidad en la mision se deja sentir en el hecho mismo, esto es, en el cuadro que presenta el mundo creyente y el mundo incrédulo; y la eficacia de su accion sobre el primero está revelada por la voz de todas las generaciones que han venido pasando por mas de diez y ocho siglos, y dan testimonio de las trasformaciones felices obradas en el corazon humano.

§. II.

La esperanza.—Los sacramentos.

La fe, depósito de la revelacion de Dios, contiene no solamente dogmas especulativos, sino promesas efectivas, promesas sublimes, promesas de realizar el fin del hombre, si el hombre cumple la lei. Estas promesas, fundadas en la palabra de Dios, producen una certidumbre tan plena, que el hombre no puede creer en la palabra divina sin esperar al mismo tiempo adquirir la felicidad. Dios ha prometido al hombre ayudar con su gracia á la naturaleza, y recompensar con la bienaventuranza las obras que la naturaleza protegida por la gracia practique en esta vida. La esperanza, por lo mismo, encierra dos clases de promesas, la del fin y la de los medios: la de los medios consiste en la gracia; la del fin consiste en la gloria: la gracia en esta vida y la

gloria en la otra constituyen el comun objeto de la esperanza cristiana.

La esperanza sigue á la fe como la sombra sigue al cuerpo, y por lo mismo tienen ambas la misma extension y universalidad. La esperanza tiende toda á la salvacion. ¿Y quién es el que ha de salvarse? El que credere y se bautizare: luego la esperanza se extiende tanto como la fe.

La esperanza en esta vida tiene por objeto la gracia; y pues esta en sus promesas sigue á la fe, la gracia se otorga sin excepcion á todos los que creen y han entrado en la Iglesia por el bautismo. El bautismo, que es la solemne inauguracion de un cristiano, es tambien la primera fuente de gracia que el hombre recibe al renacer en Jesucristo. Mas como el hombre, con todo y la gracia que recibe, queda expuesto siempre á los abusos de su propia libertad, y hace su carrera moral por entre mil escollos y enemigos, Jesucristo aumenta todavia esta gracia del bautismo por medio del sacramento de la Confirmacion, el cual nos comunica un incremento de vigor y de fuerza para mantenernos firmes en la fe que profesamos. Coligese de aquí, que esta fe y esperanza reciben un incremento nuevo en la Confirmacion; porque el hombre, conservando una y otra hasta la muerte, muere en la fe de su bautismo y conquista la inmortalidad. Mas la fe tiene dos vidas en el alma, lo mismo que la esperanza; una vida dogmática, y una vida moral: para la primera basta creer; para la segunda es necesario observar una conducta consecuente con la creencia. Cuando el hombre solo cree y espera, pero al mismo tiempo vive en el pecado, su fe y su esperanza, sin perder la vida dogmática, sufren una muerte moral, y por esta razon el apóstol San Pablo llama fe muerta á la de aquel que está en pecado, y los teólogos llaman á su esperanza *esperanza informe*. La creencia que reasume todas las condiciones y requisitos de una vida eterna, es pues aquella que tiene, no solamente la vida dogmática, sino tambien la vida moral.

Para evitar que mueran absolutamente la esperanza y la fe á causa del pecado, Dios, proveyendo á las necesidades de toda la humanidad, ha querido que su gracia, buscada y correspondida de la naturaleza, produzca una especie de resurreccion moral de fe y de esperanza en la vida del hombre, y para esto ha establecido el sacramento de la Penitencia, por el cual se nos perdonan los pecados cometidos despues del bautismo; y la fe y la esperanza, recobrando la vida moral, nos restituyen todos los medios de conseguir nuestro último fin. A este sacramento se ha dado tambien el nom-

bre de *segundo bautismo*, porque comunica la vida de la gracia despues del pecado.

La gracia de la penitencia nos dispone para una gracia infinita, para la gracia de la Eucaristía. El hombre que recibe á Jesucristo dignamente, esto es, con una inocencia conservada, ó una inocencia recobrada, se identifica en cierta manera con su Dios, y recibe aquella especie de plenitud de favores, aquel incremento de fuerzas, aquellas nuevas avenidas de luz que naturalmente deben suponerse en esta union formada nada ménos que por el amor.

El Bautismo, la Confirmacion, la Penitencia y la Eucaristía, siguiendo siempre las miras, los designios y las tradiciones de la fe, se extienden tanto como la voluntad humana, y están, digámoslo así, á disposicion de ella para todos los hombres que creyeren en todos los siglos y en todos los paises del mundo. Pero hai mas, la gracia tiene instituciones propias para la sociedad, tiene sacramentos para santificarla, sostenerla y salvarla bajo sus dos grandes caracteres, el de la familia y el del sacerdocio. La familia es el elemento de toda sociedad, es por sí sola una sociedad. Luego la sociedad será lo que sea la familia; y por lo mismo, una religion que tiene gracia especial para instituir la familia, la tiene por este solo hecho para instituir y constituir la sociedad bajo todas sus formas, y en sus diversas ramificaciones. La familia, ó sea la sociedad doméstica, se constituye por el matrimonio, y este, bajo el influjo del cristianismo, es, no solo un contrato indisoluble por su naturaleza, sino tambien un sacramento de la nueva lei, el cual da á los esposos cuantas gracias han menester para conseguir los altos fines de la union conyugal.

Instituida la sociedad con un sacramento bajo el aspecto doméstico, civil y político, veámosla instituida con otro bajo el aspecto exclusivamente religioso y moral. Este sacramento es el *Orden*, el cual consagra el ministerio católico instituyendo el sacerdocio en toda su gerarquía. Finalmente, sea cual fuere el estado en que el hombre se halle constituido, está inevitablemente sujeto á la lei comun de la muerte, y por lo mismo, la gracia que le recibe en la cuna, le acompaña en su lecho y le coloca en el sepulcro. Hai una gracia especial para pasar del tiempo á la eternidad, gracia que se nos comunica por el sacramento de la Extrema-uncion.

Hemos visto la accion permanente de la gracia obrando sin cesar sobre la vida moral del hombre, desde que nace hasta que muere. Muerto el hombre, acabó el objeto que tiene la esperanza en el orden del tiempo, acabó la gracia,

quedando para despues el objeto final de esta esperanza misma: es decir, la gracia no abandona al hombre, digámoslo así, sino desde el instante de colocarle en el seno de la gloria. Su accion es completa, es universal, es inmensa: su plan de operaciones toca en los ápices de la sabiduría, sus efectos maravillosos brillan todos en el cuadro sublime del cristianismo.

CAPITULO XV.

RESUMEN Y CONCLUSION DE ESTE OPUSCULO.

La existencia de Dios, la del hombre, las relaciones que estos dos seres tienen entre sí y con todo el universo, reasumen íntegramente los objetos de los conocimientos humanos. Mas estos conocimientos se versan en dos órdenes, el natural y el sobrenatural. El primero abraza todos los objetos sensibles y aun los seres espirituales en cuanto pueden ser sometidos al dominio de la razon humana: el segundo comprende todos aquellos objetos que en el orden especulativo están sobre la razon, y en el orden práctico exceden con mucho y traspasan los límites del poder meramente natural. Si, como no puede dudarse, Dios y el hombre tienen relaciones tan íntimas como la causa y el efecto, el Creador y la creatura, &c. &c., los órdenes que emanan de ambos seres deben estar igualmente relacionados entre sí. Pero la filosofía, la ciencia, la política, &c. &c., ¿han sido siempre consecuentes á la existencia de estas relaciones? Ya hemos visto que no. En todos tiempos, pero principalmente de un siglo á esta parte, se ha trabajado con tenacidad por eso que se llama por los filósofos racionalistas emancipacion de la inteligencia, emancipacion del poder humano, en suma, emancipacion del hombre inteligente y libre. Esta emancipacion es la que tiende á independer de Dios, como autor de la verdad y árbitro de los destinos humanos, al individuo y á la sociedad con todos sus elementos intelectuales, morales y políticos. A un cisma tan escandaloso se ha debido sin duda la mayor parte de los errores y desgracias que han pesado sobre los pueblos: porque el orden moral que reasume al individuo y la sociedad en todo lo que tiene relacion con el entendimiento, la voluntad y la libertad, es un resumen del concierto y armonía entre el orden natural y el orden sobrenatural, y por consiguiente, un cisma entre uno y otro

debía tener por consecuencia forzosa la perturbacion absoluta y completa del primero.

He aquí por qué al emprender la tarea de estudiar al hombre bajo las relaciones que tiene con la religion, la moral y las leyes, hemos debido concluir nuestras investigaciones, observando mui detenidamente las que median entre el orden natural y el sobrenatural, ya entre sí, ya con la perfeccion intelectual, moral y social de la especie humana. Este resumen debe figurar como antecedente preciso de los estudios especiales sobre la religion, la moral y la jurisprudencia: porque de esta suerte pueden aquellas materias tratarse aprovechando el rico material que suministran ambos órdenes, y dando á cada ciencia todos sus antecedentes y complementos que de otra suerte no podrían tener á la verdad. Tal ha sido el objeto de este opúsculo.

Ambos órdenes tienen una parte especulativa y una parte práctica, porque se versan igualmente en el pensamiento y en la accion, en los principios y en la conducta, en el entendimiento y en la voluntad. Fué pues indispensable considerarlos con entera reparacion; esto dió márgen á la division que hemos hecho de este opúsculo en dos partes. En la primera estudiamos las relaciones del orden natural y sobrenatural bajo un aspecto puramente especulativo, con el objeto de probar filosóficamente la necesidad de unir la inteligencia y la fe en la marcha de las ciencias, la razon y la revelacion en el cuerpo de las doctrinas, el Derecho natural con el positivo divino en la Jurisprudencia universal. En la segunda parte indagamos las relaciones de ambos órdenes en lo concerniente al poder moral del hombre, con el objeto de probar, como creemos haberlo hecho, la necesidad de que concurran la naturaleza y la gracia en la marcha de la conducta para la formacion de las virtudes y consecucion del último fin. Habiendo hecho en su lugar el correspondiente resumen de las pruebas que dimos en la primera parte, solo nos resta verificarle en lo concerniente á la segunda.

Como se trata de la conducta, y esta es el movimiento de la voluntad humana hácia un objeto determinado, comenzamos por fijar este objeto, recordando brevemente las ideas que en el tratado precedente dimos acerca del fin del hombre, considerándole como el gran principio fundamental de las ciencias morales.

Con estos antecedentes propusimos, como escala demostrativa, seis cuestiones. Hélas aquí: primera, ¿qué exige de nosotros la realizacion de nuestro último fin? Segunda, ¿cuáles son, en general, los elementos morales con que se

cuenta para llenar las condiciones de nuestra existencia con respecto á nuestro último fin? Tercera, ¿en qué sentido estos elementos figuran como medios? Cuarta, ¿en qué sentido figuran como obstáculos? Quinta, bajo el primer aspecto y dentro de la esfera del orden puramente natural, ¿tienen una suficiencia absoluta? Sexta, ¿en el caso contrario tendrán una suficiencia relativa?

La primera de estas cuestiones nos dió por resultado, que la realizacion del último fin del hombre exige necesariamente que su vida moral esté conforme á la primera lei impuesta por Dios á todo el género humano; á esta lei de amor, cuya existencia, origen divino, inmutabilidad, fecundidad y universalidad expusimos en el opúsculo precedente.

Pasando á la segunda cuestion, manifestamos que los elementos del poder moral se reasumen en las inclinaciones, la conciencia y la libertad; pero que siendo susceptibles de perfeccion y degeneracion, pueden figurar, y de hecho figuran, ya como medios, ya tambien como obstáculos para la realizacion de la felicidad verdadera.

Siendo pues necesario dar á conocer estos elementos bajo ambos aspectos, y correspondiendo el primero de ellos á la tercera cuestion, y el segundo á la cuarta, procedimos á tratarlas en los capítulos cuarto y quinto de esta segunda parte.

Consideradas como medios, las inclinaciones, la conciencia y la libertad concurren á formar, sostener y fecundar en el alma las virtudes; consideradas empero como obstáculos, concurren á formar, sostener y arraigar en el alma los vicios que depravan la conducta y frustran la felicidad. Las inclinaciones, primeros móviles de la conducta, necesitan luz y fuerza; por consiguiente, verdad y libertad bien entendidas.

Ahora bien, el hombre, dentro de la órbita puramente natural, ¿cuenta con todo lo necesario para poseer la verdad que ilustra, y para dirigir bien su libertad? He aquí la cuarta cuestion que tratamos en los capítulos sexto, sétimo y octavo, y á la que dimos una solucion negativa.

De las reflexiones que en estos capítulos hicimos, resulta probado: primero, que para calcular el poder puramente natural del hombre en el orden moral, es indispensable, ante todo, formarnos ideas claras, verdaderas, exactas y completas de la virtud: segundo, que supuestas estas ideas, el poder moral está en razon directa del movimiento del hombre hácia la virtud completa: tercero, que este movimiento reasume todas las facultades naturales: cuarto, que sin embargo, estas facultades no bastan por sí solas para formar una virtud completa y verdadera, y por consiguiente, que los

elementos puramente naturales son indispensables, pero no suficientes, para la realizacion de nuestro último fin.

Este análisis nos condujo naturalmente á reconocer que, no siendo bastante el orden natural, la humanidad entera demanda el concurso de otro orden; y por lo mismo, que la necesidad mas estrecha, mas irresistible, une y relaciona íntimamente ambos órdenes, haciendo indispensable que el conocimiento de ellos concorra en la parte especulativa, y su accion en la parte práctica, para que el hombre no abandone la recta entre los dos puntos morales que señalan los extremos de su vida; y por consiguiente, para que llegue á conseguir su último fin. Pero, ¿existe este orden? ¿se hace sentir en la humanidad? He aquí una cuestion sugerida por la misma necesidad que acabamos de indicar. Para tratarla debidamente, consagramos el capítulo nono á demostrar la existencia, caracterizar la accion y exponer genéricamente los efectos del poder sobrenatural que, en términos dogmáticos y facultativos, se llama *gracia*.

En el capítulo nono exhibimos las nociones teológicas que deben tenerse acerca de la gracia considerada en sí misma y en sus especies, ó si se quiere, en sus modos de accion. En el décimo dimos las pruebas directas de la existencia de la gracia en toda la extension de la idea. En el undécimo dimos una demostracion general, probando: primero, que el hombre recibe, como medio indispensable para llegar á su último fin, un don que le hace, desde esta vida, participante de la naturaleza divina: segundo, que estos dones de Dios figuran, no como un derecho de la humanidad, sino como un efecto gratuito de la bondad divina. Demostrada la existencia de la gracia, debimos probar su necesidad, suficiencia y universalidad: tales fueron los objetos respectivos de los tres capítulos anteriores. En el duodécimo demostramos con el dogma, el raciocinio, la tradicion y la experiencia, que sin la gracia nada podemos. En el decimotercio demostramos que con ella lo podemos todo, cuando cooperamos á su accion, usando bien de nuestra libertad; y en el último hicimos ver que la accion de la gracia se extiende á todo, obra en el individuo, en la familia, en la sociedad, en todo el género humano; que tiene una institucion permanente para hacer el bien, y hacerle sin medida: por último, que á nadie excluye de su participacion, pues le basta ser llamada por la voluntad eficaz y los deseos, para distribuir liberal y magníficamente sus dones. Restábanos tan solo reasumir brevemente las ideas capitales de este opúsculo, y tal ha sido el objeto del presente capítulo.

Despues de haber hecho la recapitulacion material, por decirlo así, de lo contenido en este opúsculo, permitásenos presentar en un raciocinio breve, las principales ideas que figuran en esta obra.

La felicidad, objeto final de nuestro ser, debe atraer, por lo mismo, la accion de nuestras facultades, y en consecuencia, estas figuran todas como elementos del poder moral.

La direccion de nuestras facultades á su fin, produce necesariamente las virtudes, y estas presuponen el triunfo completo sobre las pasiones. Luego el grado en que se posea el dominio sobre las pasiones, será el que sirva para calcular la extension é intensidad de nuestro poder moral.

“Las pasiones, consideradas en sus atributos esenciales, y no en sus objetos ni en sus efectos, son, como ya se ha visto, los deseos vehementes, irresistibles, que convierten nuestras facultades todas á la adquisicion de un objeto que miramos como bueno aun cuando no lo sea, ó á la repulsa de otro que miramos como malo aun cuando en efecto tampoco lo sea. Estos deseos fuertes tienen su fundamento en nuestra misma naturaleza y en nuestras relaciones con el objeto; tienen su motivo en la influencia de estas relaciones sobre nuestro instinto, sobre nuestras necesidades, sobre nuestro sistema de goces; tambien sus caracteres y sus grados de intensidad en consecuencia de nuestro temperamento, de nuestra situacion y de las modificaciones que sufre nuestro ser moral, en razon de la preponderancia relativa que en él ejercen la razon y la voluntad.”

“Infírense de aquí varias consecuencias importantes: primera, que las pasiones son una condicion esencial de nuestra naturaleza; pretender destruirlas, será clamar por el aniquilamiento mismo de nuestro ser: segunda, que las pasiones afectan esencialmente el sistema moral: tercera, que si ellas esencialmente han de tener algun objeto, porque sin él no hai deseo posible, el que tengan este ó aquel objeto determinado es accidental: esencial es al cuerpo la figura, accidental el que tenga esta ó aquella determinada: cuarta, que el motivo y el objeto es, rigurosamente hablando, lo que da á las pasiones un carácter determinado en el orden moral: quinta, que el carácter moral de las pasiones estará siempre en razon de su motivo y de su objeto: sexta, que pudiendo ser estos motivos ú objetos conformes ó contrarios á nuestra perfeccion, conspirantes ú opuestos á nuestra felicidad, buenos ó malos, en suma; buenas ó malas, útiles ó perjudiciales, favorables ó adversas, precursoras del bien ó elementos del mal, podrán ser las pasiones.”

"Luego las pasiones en sus atributos constitutivos no son por sí ni moralmente buenas, ni moralmente malas; pero no pudiendo dejar de tener un motivo y un objeto, ni dejar de ser por lo mismo en su ejercicio moralmente buenas, ó moralmente malas, las pasiones, hablando en rigor, son elementos morales del hombre, y por consiguiente, uno de los mas importantes objetos de la razon y de la voluntad."

"Dar un principio noble, un objeto digno y una direccion prudente á estos vehementes impulsos de la voluntad humana, tal es el precepto y la voz misma de la naturaleza. Esto no exige demostracion. ¿Pero cómo conseguir estas cosas? ¿Cómo neutralizar el influjo pernicioso que los principios, los medios y los fines pueden tener en los deseos de nuestro corazon? He aquí lo que debe ocuparnos."

"Supuestos los dos órdenes que reconoce todo el que no es ateo, es decir, el natural y el sobrenatural, ó lo que es lo mismo en el sentido católico y moral, el de la naturaleza y el de la gracia, debemos comenzar por resolver esta cuestion: *¿Los recursos de la naturaleza son moralmente necesarios y suficientes para neutralizar el influjo maligno de las pasiones, y darles un principio noble, un objeto digno y una direccion prudente y acertada?* ¡Sí! Pues en este caso nos basta exponer el desarrollo práctico que deben tener nuestras facultades naturales, para estorbar nuestros vicios, corregir nuestros malos hábitos y formar nuestras virtudes. ¿No! Luego no bastando los recursos naturales, ni debiendo faltar medios competentes, debemos reconocer la existencia y los objetos de la gracia, no solo como unos dogmas revelados por Dios y enseñados por la teología dogmática, sino como unas consecuencias lógicas de nuestros conocimientos acerca de Dios, y de nuestras experiencias acerca del hombre. En este caso la lei natural, divina y universal, nos impone, como otros tantos deberes, la práctica de aquellos medios únicos de la verdadera y completa perfeccion que resultan de la concordia de la naturaleza y la gracia en el gobierno de nuestra voluntad y en la marcha de nuestra conducta. Entremos pues en materia."

"El estudio del hombre no puede ser aislado sin quedar incompleto, hipotético y en gran parte erróneo. La razon es muy sencilla: el hombre, bajo su aspecto físico, se nos manifiesta, no solo en el sistema de su organizacion, sino en su comercio con los seres exteriores que le afectan, que le facilitan el conocimiento de su vida física, modificándola en diferentes sentidos: el hombre, bajo el aspecto intelectual considerado, no puede dar un paso sin relaciones: los pri-

meros desarrollos de su actividad interior suponen un objeto diverso de él mismo, si bien relacionado con él, en que su atencion se fije y fecunde, su juicio se ilustre, su discurso progresa y su razon se forme: en el órden moral pende de su causa eficiente y final, está ligado con deberes, sometido á preceptos y colocado bajo la influencia de un poder que arregla las condiciones de su vida moral, dispone soberanamente de su existencia y fija definitiva é irrevocablemente su destino. Es pues necesario que el hombre sea estudiado, no solo en lo que en sí tiene, sino en el triple sistema de sus relaciones físicas, intelectuales y morales."

"Ligado pues, en virtud de estas relaciones, á las leyes universales de todo el mundo físico, á la verdad una, universal y generadora, que difunde la vida por todo el mundo intelectual, y atrae á sí, como á su centro, la accion vária y constante del entendimiento humano, y á la voluntad omnipotente del Supremo Legislador del mundo moral, nada en él es completo, nada puede ser decisivo y seguro con el aislamiento de uno de estos órdenes. Si estudiamos pues su razon, la vemos dispuesta para la verdad; si estudiamos la verdad en su conocimiento, descubrimos que unas veces es el producto, y otras el simple objeto de la razon: que unas veces está bajo su influjo, y otras veces es superior á ella; y que siendo necesaria la verdad en toda su plenitud moral para el hombre, y la razon insuficiente, hai una necesidad imperiosa de que en la investigacion y aprendizaje de aquella caminen siempre juntas y de acuerdo la inteligencia y la fe."

"No hacer nada sin Dios; hacerlo todo con él: he aquí la teoría cristiana: teoría, por otra parte, eminentemente filosófica, si bien se reflexiona. ¿Por qué? Porque si algo pudiéramos hacer sin Dios en la línea del bien, fallaría en este algo nuestra independencia y su soberanía, y esta falla importaría nada ménos que la destruccion del todo. ¿Por qué mas? Porque si algo dejásemos de poder en esta línea, sin embargo de la cooperacion sobrenatural de Dios, fallaría su omnipotencia, lo cual es otro absurdo. *Nada podéis hacer sin mí*, decia Jesucristo, ¹ y tambien dijo en otra parte: *Si en mi nombre pidiéreis algo, se os concederá cualquier cosa que pidiéreis.* ² A estas palabras inconcusamente se refirió el apóstol en aquel célebre lugar donde nos enseñó la omnipotencia de la gracia." ³

¹ Joann. c. XV, v 5.

² Id. c. XVI, v 29.

³ Eph. c. I, II, III.

"Sabido es por todo el que tiene experiencia, aunque no tenga fe, que ordinariamente se halla el poder especulativo en razon inversa del poder práctico de la razon. Si la parte histórica de este desequilibrio ha disgustado á los que ven un vano comentario en el dogma del pecado original, y á los impíos que no quieren reconocer el valor dogmático y moral de la doctrina de San Pablo sobre este punto, bien pueden apelar á los doctores paganos, á sus oráculos mismos y á sus continuas experiencias, para reconocer en seguida el predominio práctico que ejerce el apetito sensitivo sobre el apetito racional. Ahora bien; estos dos apetitos reasumen todas las facultades puramente naturales del hombre moral. ¿Cuál es la consecuencia? Que en la lucha de ambos, el triunfo del primero es moralmente seguro, y por tanto, que el segundo no puede triunfar por sí solo. Luego los recursos de la naturaleza no son suficientes por sí para neutralizar el influjo maligno de las pasiones, y darles un principio noble, un objeto digno y una direccion prudente."

"El esfuerzo impotente de todos los moralistas y legisladores antiguos, donde vemos en contraste la accion universal y constante de los recursos humanos, con la corrupcion de las costumbres y la depravacion de las máximas, es un hecho histórico que justifica la solucion negativa que dimos á la cuestion propuesta."

"Quítese la gracia, y solo quedan por motivos de obrar los sentimientos y el interes, esto es, la sensualidad y el egoismo. Yo bien concibo un hombre capaz de practicar una buena accion por solo el sentimiento del bien; pero me es imposible concebir el derecho que tal sentimiento pudiera tener para ser un recurso competente contra todas las pasiones extraviadas, para todas las virtudes y en todos los hombres. En cuanto al interes, él podrá engendrar la hipocresía; mas nunca crear y ménos fecundar la virtud. Si pues los sentimientos y los intereses reasumen los recursos naturales en la cuestion de los motivos, y son, como se ve, incompetentes, claro es que la solucion de que se trata, debe ser negativa."

"Cuando se trata de la suficiencia de los recursos naturales contra el influjo nocivo de las pasiones, debe tenerse presente lo que es necesario, no solo para verificar bien este ó aquel acto particular, sino para mantener constantemente la armonía entre los principios, los medios y los fines de la conducta relativamente á la perfeccion, que es lo que constituye el orden moral. ¿Y qué valor daremos para esto á los recursos humanos? La conservacion del hombre en la prác-

tica del bien supone un curso de combates, de victorias, y por tanto, de sacrificios: combates que no puede sostener, victorias que no puede alcanzar, y sacrificios que no puede hacer la naturaleza humana solo por sí misma, como lo prueban el sentido íntimo de cada uno, y la experiencia constante de los siglos."

"Finalmente, la historia comparada de la sociedad gentil, de la sociedad filosófica y de la sociedad cristiana, se reasumen en esta sencilla idea: nada pueden para el bien la razon sin la fe, la voluntad sin la gracia; todo lo pueden la razon que cuenta con la fe y la voluntad que cuenta con la gracia."¹

Hemos concluido. Las observaciones que forman la materia de este opúsculo, conducen, como al principio decíamos, á preparar el estudio del hombre bajo los aspectos de la religion, la moral y la legislacion universal: pues plenamente convencidos de que este estudio no puede ser completo, si no cuenta con todos los elementos especulativos y prácticos que proporcionan las relaciones entre el orden natural y el sobrenatural, hemos creído absolutamente necesario prevenirle con estas pruebas filosóficas, para servirnos indistintamente de la razon y la revelacion, del raciocinio y la autoridad, de la inteligencia y la fe, y contar al mismo tiempo con los recursos de la gracia para exponer las doctrinas concernientes á la perfeccion moral del individuo y de la sociedad.

1 Esta demostracion compendiosa la hemos tomado literalmente de la segunda parte, libro tercero, capítulos primero y segundo de nuestra obra titulada: *Del Derecho natural en sus principios comunes y en sus diversas ramificaciones.*

